

CONCILIACIÓN EN RESISTENCIA: EXPERIENCIAS DE ESTUDIANTES CUIDADORES EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR CHILENA

DANIELA ASTUDILLO QUINTANA¹

RESUMEN

Este estudio cualitativo analiza las experiencias de estudiantes cuidadores en la educación superior chilena, abordando las tensiones entre el cuidado, el desempeño académico y la vida social. A partir de seis entrevistas en profundidad, se identifican desigualdades de género: las mujeres, como cuidadoras principales, enfrentan sobrecarga y desvalorización, mientras que los hombres desafían estigmas de masculinidad hegemonía. Ambos desarrollan prácticas de resistencia para renegociar sus roles. La falta de apoyo institucional y social limita su integración académica y social, reforzando exclusiones. El estudio destaca la necesidad de políticas inclusivas que valoren el cuidado como eje de equidad.

PALABRAS CLAVE: RECONOCIMIENTO, INVISIBILIZACIÓN DEL CUIDADO, DIVISIÓN SEXUAL.

RECIBIDO: 1 DE FEBRERO DE 2025
ACEPTADO: 15 DE ABRIL DE 2025

¹ Licenciada en Sociología, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile. Correo electrónico: dastuq@gmail.com

EQUILÍBRIO NAS FORMAS DE RESISTÊNCIA: EXPERIÊNCIAS DE ESTUDANTES CUIDADORES NO ENSINO SUPERIOR CHILENO

RESUMO

Este estudo qualitativo analisa as experiências de estudantes cuidadores no ensino superior chileno, abordando as tensões entre o cuidado, o desempenho acadêmico e a vida social. Com base em seis entrevistas em profundidade, são identificadas desigualdades de gênero: as mulheres, como cuidadoras principais, enfrentam sobrecarga e desvalorização, enquanto os homens desafiam os estigmas da masculinidade hegemônica. Ambos desenvolvem práticas de resistência para renegociar seus papéis. A falta de apoio institucional e social limita sua integração acadêmica e social, reforçando exclusões. O estudo destaca a necessidade de políticas inclusivas que valorizem o cuidado como pilar de equidade.

PALAVRAS-CHAVE: RECONHECIMENTO, INVISIBILIDADE DO CUIDADO, DIVISÃO SEXUAL DO TRABALHO.

BALANCE IN FORMS OF RESISTANCE: EXPERIENCES OF STUDENT CAREGIVERS IN CHILEAN HIGHER EDUCATION

ABSTRACT

This qualitative study analyzes the experiences of student caregivers in Chilean higher education, addressing the tensions among caregiving responsibilities, academic performance, and social life. The study identifies gender inequalities based on six in-depth interviews; women, as primary caregivers, face overload and a lack of recognition, while men challenge the stigmas of hegemonic masculinity. Both develop practices of resistance to renegotiate their roles. The lack of institutional and social support limits their academic and social integration, reinforcing exclusion. The study, therefore, highlights the need for inclusive policies that recognize and value caregiving as a pillar of equity.

KEYWORDS: RECOGNITION, INVISIBILITY OF CAREGIVING, GENDER DIVISION OF LABOR.

INTRODUCCIÓN

El trabajo de cuidados, esencial para el bienestar humano y la sostenibilidad de la vida, ha sido históricamente invisibilizado y relegado al ámbito privado, recayendo mayoritariamente en las mujeres (Hatton, 2017; Kaplan, 1987). Esta situación se explica por la división sexual del trabajo, donde, bajo estructuras capitalistas y patriarcales, las tareas productivas y remuneradas son asociadas a los hombres, mientras que las tareas reproductivas y no remuneradas se asignan a las mujeres (Federici, 2004). Como resultado, las desigualdades de género derivadas de esta distribución se han tratado como problemas domésticos, contribuyendo a la naturalización de roles, la privatización del cuidado en redes familiares y la desvalorización del trabajo de cuidados (Arriagada, 2013).

Incluso antes de la pandemia, las sociedades contemporáneas ya evidenciaban una crisis de los cuidados. Por un lado, el envejecimiento poblacional ha incrementado la demanda; por otro, la inserción de las mujeres al mercado laboral no ha venido acompañada de una redistribución equitativa de las responsabilidades domésticas, generando una doble carga de trabajo y un desajuste entre las exigencias del mercado y la disponibilidad para cuidar (Ezquerra, 2011). En este sentido, las redes familiares —y particularmente las mujeres— siguen siendo el principal sostén, lo que limita su autonomía y participación plena en otras esferas. Tal como advierte ONU Mujeres (2023), esta distribución desigual del trabajo no remunerado constituye uno de los principales obstáculos estructurales para la igualdad de género, restringiendo las oportunidades económicas, educativas y políticas de las mujeres, consolidando un círculo de exclusión.

En América Latina, el concepto de Organización Social del Cuidado (OSC) permite analizar cómo el cuidado se distribuye entre Estado, familia, mercado y sociedad civil, revelando tensiones estructurales atravesadas por género, clase y etnicidad (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2024;

Arriagada, 2013). En la región, las mujeres dedican entre el doble y siete veces más tiempo que los hombres al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado (Galián et al., 2021).

En Chile, según la Encuesta de Bienestar Social, las mujeres destinan el 48% de su tiempo a labores de cuidado no remunerado, mientras que los hombres solo el 25,8% (MDSF, 2022). Además, para 2050 se estima que más del 25% de la población chilena será mayor de 60 años, generando una presión creciente sobre las redes de cuidado (INE, 2018). Frente a este panorama, se han impulsado iniciativas como los Fondos para la Equidad de Género (FEG) y el proyecto de ley “Yo cuido, Yo estudio”, que buscan reconocer y mitigar el impacto del cuidado en la vida de las personas, especialmente en su trayectoria educativa y laboral (MINEDUC, 2024; INJUV, 2024).

A pesar de la iniciativa de ley, la situación de las juventudes cuidadoras permanece poco visibilizada y estudiada no obstante su creciente relevancia. Según el Sondeo Nacional de Juventudes Cuidadoras (INJUV, 2023), 1 de cada 4 personas jóvenes declara tener a otra persona bajo su cuidado directo sin remuneración, siendo dos tercios de este grupo mujeres (64%). Estas labores se orientan principalmente al cuidado de personas menores de 14 años (80%), aunque también se abarca el cuidado a adultos mayores (11%) y personas con discapacidad (6%). Como consecuencia, se revela que la carga de cuidado restringe su participación social y genera consecuencias significativas en la salud mental. Asimismo, enfrentan una disminución de hasta 12 puntos porcentuales en sus oportunidades laborales respecto de sus pares no cuidadores. La escasa identificación de estos jóvenes como cuidadores —producto de un imaginario social que asocia el cuidado con la adulterz y con lo femenino— repercute en su acceso a apoyos institucionales y agudiza su vulnerabilidad (INJUV, 2023).

Desde una perspectiva crítica, el trabajo de cuidados no solo reproduce relaciones de dominación de género, sino que se entrelaza con las dinámicas del

neoliberalismo, el sistema educativo y la precariedad de las juventudes (Arteaga et al., 2019). De forma complementaria, el estudio de las resistencias que surgen desde las experiencias de las cuidadoras permite visibilizar nuevas subjetividades que disputan el lugar tradicionalmente asignado a las mujeres como únicas responsables del cuidado (Arteaga y Abarca, 2018).

En este contexto, el presente estudio se enmarca en la pretensión de contribuir a dos aristas poco exploradas en su conjunto: las experiencias de personas cuidadoras insertas en la educación superior y las prácticas de resistencia que pueden desarrollar frente a las tensiones en la conciliación de vida académica-cuidados. En consecuencia, se buscará explorar cómo se desarrolla la conciliación entre la trayectoria académica y los trabajos de cuidados de los estudiantes de la educación superior en Chile. A través de este enfoque, se pretende explorar la percepción de los estudiantes de educación superior sobre cómo el trabajo de cuidados tensiona tanto el desempeño académico como su inserción en la vida social. Así mismo, se analizarán qué prácticas de resistencia ejercen los estudiantes cuidadores frente a los desafíos en la conciliación de trabajos de cuidados, trayectoria académica y vida social.

Más que un equilibrio entre esferas, el presente estudio pretende abordar la conciliación como un proceso dinámico, atravesado por desigualdades de género y trayectorias juveniles. En este sentido, se exploran formas de resistencia que desafían la naturalización del cuidado como tarea exclusivamente femenina o adulta, y que abren nuevos sentidos sobre cómo habitar la universidad siendo cuidador/a.

1. HACIA UN CONCEPTO DE CUIDADOS

1.1 EL CUIDADO COMO EJE ECONÓMICO, POLÍTICO Y SOCIAL

El trabajo doméstico y de cuidados, también conocido como trabajo reproductivo, abarca todas las actividades necesarias para la reproducción de la vida cotidiana: el cuidado directo, la educación, la contención emocional, la alimentación y la salud. Si bien, el cuidado es esencial para la continuidad de la vida y el funcionamiento del sistema capitalista, este trabajo —realizado en su mayoría por mujeres y frecuentemente no remunerado— ha sido históricamente invisibilizado y desvalorizado (Fraser, 2016; Federici, 2018). Aunque la economía capitalista requiere este tipo de trabajo, no le otorga ningún valor monetario; por el contrario, se basa en la creencia de que estas actividades son inherentes a la naturaleza femenina (Ferguson, 2019). De este modo, el trabajo de reproducción no remunerado se ha institucionalizado como un acto de amor, en lugar de ser reconocido como trabajo no pagado (Federici, 2018).

La economía feminista surge como crítica a esta omisión estructural, cuestionando la separación entre producción y reproducción, y denunciando que la noción clásica de trabajo excluye sistemáticamente el trabajo de cuidados (Carrasco, 2013). En este sentido, Hatton (2017) destaca que la invisibilidad del trabajo doméstico y de cuidado opera tanto por su falta de reconocimiento económico como por su normalización dentro del deber familiar, reforzando su marginación social y política.

En este contexto, Chatzidakis et al. (2020) plantean que atravesamos una crisis global del cuidado, agudizada por décadas de políticas neoliberales que desinvirtieron en servicios públicos y privatizaron bienes comunes, relegando el cuidado al ámbito doméstico. Esta crisis visibiliza la urgencia de repensar el cuidado como un principio organizador de la vida social, y no solo como una responsabilidad privada. Los autores proponen una reorganización radical de las

instituciones sociales que garantice condiciones materiales justas para cuidar y ser cuidados, reconociendo el cuidado como una capacidad que se aprende, se comparte y se sostiene colectivamente.

En tiempos de crisis sanitarias y sociopolíticas recientes, han emergido prácticas comunitarias de cuidado donde se destacan nuevas formas de participación, incluyendo la de hombres, jóvenes y organizaciones barriales. Estas iniciativas, que van desde redes de apoyo emocional hasta sistemas autogestionados de distribución de tareas y bienes, representan respuestas sociales frente al debilitamiento de las redes institucionales y expresan, a su vez, una politización creciente del cuidado como un derecho colectivo y no como una carga individual (Chatzidakis et al., 2020).

Conceptualizar el cuidado

Ahora bien, la definición y medición del cuidado presenta un desafío significativo debido a las múltiples dimensiones que abarca. Arriagada y Todaro (2012) conceptualizan el cuidado como una serie de relaciones de interdependencia en las que se generan y gestionan los recursos necesarios para mantener el bienestar físico y emocional diario. En este sentido, el cuidado comprende todos los bienes y servicios que permiten a las personas vivir en un entorno adecuado. Sin embargo, esta definición puede resultar ambigua al intentar diferenciar entre labores domésticas y de cuidado.

Para abordar esta ambigüedad, Mora y Pujal (2018) proponen un marco conceptual que distingue al cuidado de la provisión y el servicio. Mientras que la provisión está referida al suministro de bienes necesarios para la vida doméstica, el servicio abarca las tareas domésticas que implican atención a una persona o al hogar, donde la persona beneficiaria puede realizar estas tareas por sí misma pero no lo hace. En contraste, el cuidado refiere a la satisfacción de las necesidades de otra persona en la que el cuidador proporciona el apoyo necesario a alguien que

no tiene la capacidad de satisfacer sus propias necesidades (Mora y Pujal, 2018, en Giaconi, 2021).

Batthyány (2015), en cambio, abarca el cuidado como la acción de ayudar a infantes o personas dependientes en el desarrollo y bienestar de su vida cotidiana. Este concepto incluye el cuidado material, que implica un “trabajo”; el cuidado económico, que conlleva un “costo económico”; y el cuidado psicológico, que involucra un “vínculo afectivo, emotivo y sentimental”. El cuidado puede ser realizado de manera honoraria o benéfica por familiares en el contexto familiar, o de manera remunerada dentro o fuera del entorno familiar. La naturaleza del cuidado varía dependiendo de si es realizado dentro del ámbito familiar y si es remunerado (Batthyány, 2015, en Giaconi, 2021).

Para el desarrollo de este estudio, el cuidado se entendió como una labor basada en una relación de interdependencia cara a cara, donde una persona proporciona las condiciones necesarias para el mantenimiento de la vida y el bienestar de otra persona que no tiene la capacidad de satisfacer esas necesidades por sí misma. En este sentido, el cuidado puede implicar la cobertura de necesidades materiales y el apoyo emocional de una persona en situación de dependencia, de manera no remunerada.

Barreras de la participación masculina en el cuidado

Frente a la crisis actual en el ámbito de los cuidados, la implicación de los hombres en esta área no es solo una cuestión de justicia social, sino una respuesta a la necesidad de satisfacer la demanda de cuidados. Por ende, es crucial reconocer tanto las barreras culturales como las limitaciones que dificultan su participación activa (d'Argemir, 2016).

Las barreras culturales se basan en valores y normas que asocian el cuidado con las mujeres debido a su vínculo con lo maternal y lo doméstico. Esto

está relacionado con la masculinidad hegemónica (Connell, 1995), que prioriza comportamientos masculinos como la fuerza y el control, y desvaloriza cualidades como la empatía y el cuidado, reforzando la idea de que los hombres no deben involucrarse en tareas de cuidado, ya que hacerlo puede afectar su estatus, perpetuando así, los roles de género tradicionales (Connell, 1995).

Mientras que las barreras de oportunidad se refieren a las ventajas que los hombres tienen en el mercado laboral en comparación con las mujeres. Estos suelen estar mejor posicionados en términos de salarios, estabilidad laboral y perspectivas de carrera. Estas condiciones económicas favorables desincentivan su participación en el cuidado, ya que los costos económicos para los hombres de reducir sus horas de trabajo o abandonar temporalmente el mercado laboral para cuidar son más altos que para las mujeres (Himmelweit y Land, 2011).

Ilárraz (2024) destaca no solo la incipiente integración masculina al trabajo de cuidados sino, además, la mayor visibilización social de este rol. Sin embargo, estas experiencias siguen estando atravesadas por dimensiones que limitan la implicación masculina: i) el saber: debido a una socialización que no les enseña habilidades de cuidado; ii) el poder: condiciones laborales que favorecen la productividad por sobre la corresponsabilidad familiar; y iii) el querer: por resistencias identitarias derivadas de la masculinidad hegemónica que desvaloriza el cuidado. Así, aunque algunos hombres logren incorporarse al cuidado, lo hacen muchas veces desde discursos que refuerzan su identidad tradicional, por ejemplo, como extensión de su rol conyugal o filial, lo que revela tanto las tensiones como las oportunidades de transformación en los modelos de género actuales.

2. DEL RECONOCIMIENTO A LAS PRÁCTICAS DE RESISTENCIA

La desvalorización e invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados impacta negativamente en la inserción política, económica y social de quienes lo realizan, dificultando además su reconocimiento como actores fundamentales para la sostenibilidad de la vida y la reproducción social.

En este sentido, Honneth (1992) plantea que el reconocimiento es un aspecto indispensable para la construcción de la identidad personal, el respeto mutuo y la justicia social. Según su teoría, la justicia no se puede limitar a la distribución económica, sino que debe considerar las formas en que los individuos se valoran recíprocamente en sus interacciones. De esta forma, el reconocimiento opera sobre la base de tres esferas: i) afectiva: mediante relaciones de amor, amistad y familia que fomentan la autoconfianza; ii) jurídica: a través del respeto a los derechos que garantizan la igualdad ante la ley; y iii) social: mediante el aprecio a las contribuciones individuales al bienestar colectivo.

A partir de estas categorías, Revuelta y Hernández (2019) proponen un modelo analítico que distingue tres grados de justicia social: máximo (pleno reconocimiento en todas las esferas), medio (reconocimiento imperfecto pero funcional) y mínimo (situaciones de exclusión y menoscabo). Este esquema permite relevar los matices en las experiencias de reconocimiento de los sujetos, considerando las dinámicas de las trayectorias vitales y las percepciones individuales.

Ahora bien, la negación del reconocimiento en cualquiera de estas dimensiones puede generar crisis de identidad, sentimientos de alienación y pérdida de autenticidad social (Honneth, 1992). En este sentido, cuando los sujetos perciben grados de justicia social medios o mínimos, conlleva a una irremediable lucha social que demanda la falta de reconocimiento, en las cuales, las personas movilizadas demandan mayores valoraciones y transformaciones en

las normas y estructuras sociales para garantizar un reconocimiento más equitativo (Revuelta y Hernández, 2019).

Frente a la falta de reconocimiento, las mujeres u otros grupos marginados desarrollan resistencias que buscan transformar las normas y relaciones de poder que los oprimen. Por ende, en este estudio, se entiende la resistencia como una práctica, individual o colectiva, de hombres o mujeres, que desafía estructuras de subordinación y afirma la autonomía de grupos invisibilizados en distintos ámbitos de la vida cotidiana, social e institucional (Lagarde, 1998).

En este sentido, Lagarde (1998) entiende que la resistencia no es solo una reacción ante la dominación, sino que es un proceso activo de construcción de nuevas subjetividades hacia la autonomía. La dominación, que puede expresarse en el control sobre el cuerpo, las emociones, las acciones o los pensamientos, es enfrentada mediante diversas prácticas de resistencia que permiten conducir a la transformación social.

De esta forma, las resistencias se manifiestan en distintos niveles. A nivel individual, se expresan en el espacio íntimo mediante el cuestionamiento de las normas patriarcales internalizadas, renegociando mandatos relacionados con el cuerpo, la sexualidad, las relaciones de pareja y las responsabilidades domésticas. Estas prácticas cotidianas de resistencia desafían los roles tradicionales de género, abriendo espacios de agencia en la vida privada/doméstica.

Ahora, en el plano colectivo, la resistencia se materializa a través de la organización entre mujeres, donde la sororidad se reconoce como una estrategia clave de apoyo mutuo frente al patriarcado. Los movimientos feministas, en tanto espacios de acción política, permiten articular luchas comunes orientadas a transformar las estructuras sociales y promover nuevas formas de justicia y equidad (Lagarde, 1998).

Por último, en el nivel institucional, la resistencia adopta la forma de demandas por políticas públicas que reconozcan y valoren el trabajo de cuidados, promuevan la autonomía económica de los marginados como forma de promover sus derechos en todos los ámbitos. Estas acciones buscan incidir en las estructuras legales y políticas que perpetúan la desigualdad de género.

De este modo, lejos de ser vistas como víctimas pasivas de las injusticias estructurales, los grupos invisibilizados se configuran como sujetos activos que, a través de diversas prácticas de resistencia, cuestionan, transforman y reconstruyen las condiciones sociales que afectan su autonomía.

3. EL CUIDADO EN LA TRAYECTORIA EDUCACIONAL

Para Trucco y Ullmann (2015), la juventud se configura como una etapa crítica para la construcción de recursos y oportunidades de inclusión social, es esta etapa la que se caracteriza por la finalización escolar, el ingreso al mercado laboral y la conformación de un hogar propio (Coleman, 1974). Estos eventos, necesarios para forjar una trayectoria hacia el bienestar futuro, pueden verse profundamente afectados cuando las responsabilidades de cuidado irrumpen de forma temprana. Especialmente en situaciones de maternidad o paternidad joven, las y los jóvenes deben priorizar la atención familiar o la generación de ingresos, relegando su formación educativa (De León, 2017).

Cuando los jóvenes —especialmente aquellos en situación de mayor vulnerabilidad económica— asumen responsabilidades de cuidado, enfrentan problemáticas específicas que los diferencian de los cuidadores adultos. Mientras que el estudio o el trabajo permiten interrupciones y reingresos, el cuidado, particularmente cuando implica maternidad o paternidad, impone obligaciones de carácter permanente y difícilmente reversibles. Esta dinámica sitúa a los jóvenes cuidadores en una posición de desventaja para sostener su trayectoria

educativa, aumentando su exposición a procesos de exclusión social a lo largo de su vida (Filardo, 2015).

La experiencia del cuidado durante la juventud también impacta en dimensiones fundamentales como la salud, el rendimiento académico y las posibilidades de inserción laboral futura, afectando directamente su bienestar y proyección de vida. El abandono escolar temprano, motivado por las responsabilidades familiares, puede debilitar la autoestima, limitar las redes sociales y obstaculizar la construcción de una identidad como sujetos plenos de derechos (INJUV, 2024).

Por esta razón, existe la necesidad de reconocimiento y apoyo global para los jóvenes cuidadores como un grupo vulnerable distintivo que posee dificultades estructurales en su educación como paso relevante para la inserción laboral, en donde comúnmente prevalecen condiciones de empleo vinculadas a la inseguridad, temporalidad, inestabilidad y bajos salarios en juventudes (Becker-Bozo, 2022).

4. METODOLOGÍA

4.1 DISEÑO

El presente artículo se basa en un estudio cualitativo de carácter exploratorio, orientado a analizar la conciliación entre estudios y trabajos de cuidado en estudiantes de educación superior. Se adoptó un diseño fenomenológico, que permitió acceder a las experiencias subjetivas de los y las participantes, explorando los sentidos que otorgan al cuidado y las tensiones que enfrentan en su trayectoria académica. Para ello, se utilizaron entrevistas en profundidad como técnica principal de recolección de datos, lo que facilitó un abordaje más flexible, adaptado a las particularidades de cada caso (Patton, 2002). Cada entrevista tuvo

una duración aproximada de una hora y media; se abordaron las siguientes dimensiones: cómo significan el cuidado, el impacto del cuidado en la trayectoria académica, las estrategias para afrontar estos desafíos y sus efectos en la salud mental y las relaciones sociales.

Este diseño se sustenta en la coherencia entre el enfoque fenomenológico —centrado en la experiencia vivida— y un análisis categorial que, desde la teoría fundamentada, permite identificar patrones significativos sin reducir la complejidad del fenómeno (Flick, 2022; Strauss y Corbin, 2002).

4.2 PARTICIPANTES

Esta investigación se desarrolló en Chile entre agosto y diciembre de 2024, e incluyó seis entrevistas en profundidad a estudiantes de pregrado (ver Tabla 1), seleccionados mediante muestreo bola de nieve (Patton, 2002), buscando diversidad de trayectorias y experiencias de cuidado.

El número de casos se definió considerando la duración de la investigación, pero también respondió a los criterios de saturación teórica, siguiendo una orientación fenomenológica que privilegia la profundidad del análisis por sobre una representatividad estadística (Vasilachis, 2006; Maxwell, 2020). De esta forma, el foco en la profundidad de la entrevista permitió explorar tanto patrones comunes entre participantes, como la diversidad de experiencias y estrategias desplegadas para la conciliación.

Ahora, los participantes debían cumplir con un criterio mínimo: dedicar en promedio cinco horas diarias o más a labores de cuidado no remunerado. Este umbral se estableció a partir del promedio nacional de tiempo dedicado a estos trabajos, especialmente por mujeres (MDSF, 2021). Aunque no se aborda la conciliación con empleo formal, se consideró que una carrera universitaria

implica una carga horaria semanal comparable a una jornada laboral (CRUCH, s.f.; BCN, s.f.).

Bajo la pretensión investigativa de incluir una diversidad en los tipos de cuidadores, la muestra incluyó mujeres (3) y hombres (3) que cuidaban a niñeces, personas con discapacidad o adultos mayores. De esta forma, se aplicó un muestreo intencionado con base en tres criterios: i) identificarse como cuidador/a primario/a o secundario/a; ii) realizar cuidados no remunerados; y iii) cursar una carrera universitaria en Chile al momento de la entrevista. La heterogeneidad se consideró en términos de género, tipo de institución (pública o privada), relación con la persona cuidada y existencia —o no— de redes de apoyo, para visualizar las distintas formas de vivir la conciliación estudios-cuidados.

TABLA 1. CARACTERIZACIÓN DE CUIDADORAS/ES UNIVERSITARIOS

Pseudónimo	Edad	Tipo de cuidador	Beneficiario del cuidado	Comuna de residencia	Carrera universitaria
Ismael	24	Principal	Niñez con discapacidad (hijo)	Valparaíso	Ing. Civil
Magdalena	20	Principal	Niñez (hermanos)	La Florida	Sociología
Cristóbal	22	Secundario	Adulto mayor (abuela)	Lo Espejo	Sociología
Francisca	28	Principal	Niñez (hijo)	Quilicura	Psicología
Javier	23	Secundario	Adulto mayor (abuela)	Coquimbo	Ing. Civil
Marcela	26	Principal	Madre	Viña del Mar	Trabajo Social

4.3 ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN

El análisis de los datos se realizó mediante un enfoque cualitativo, utilizando un análisis de contenido basado en la teoría fundamentada. Este método fue seleccionado por su capacidad para proporcionar una descripción profunda del objeto de estudio, facilitando la categorización y la identificación de relaciones entre las categorías, así como la problematización de los ejes centrales que emergen (Strauss y Corbin, 2002). A través de este enfoque, se busca generar marcos teóricos interpretativos que permitan conectar la teoría con las experiencias de los estudiantes cuidadores y las resistencias que surgen de estas.

Los datos recopilados en las entrevistas fueron analizados inicialmente mediante codificación abierta, lo que permitió identificar conceptos y categorías preliminares. Posteriormente, se aplicó la codificación axial, que facilitó la reagrupación de categorías y subcategorías, estableciendo conexiones y relaciones entre ellas (Strauss y Corbin, 1998). Este proceso es llevado a cabo mediante un vaciado de rejilla que permitió proporcionar una estructura clara y funcional para el análisis de datos cualitativos, manteniendo un control sobre toda la cantidad de información, para así, asegurar una organización lógica que permita la comparación entre diferentes categorías o temas (García, 2003).

4.4 ASPECTOS ÉTICOS

Durante esta investigación se tomaron medidas éticas fundamentales para asegurar el respeto y la protección de los derechos e integridad de los participantes. Se les informó de manera clara sobre los objetivos y el alcance del estudio, explicando la importancia de su contribución a través de las entrevistas. Previo a su participación, se les entregó un documento de consentimiento informado, que detalla los propósitos, la metodología y el uso de los datos, el cual debía ser leído y firmado. Además, se solicitó su consentimiento explícito

para grabar las entrevistas, aclarando que solo se registraría el audio con el fin de garantizar la precisión del análisis. Finalmente, se aseguró que toda la información recopilada sería tratada con estricta confidencialidad, utilizándose únicamente para los fines de la investigación sin ser divulgada en otros contextos.

5. RESULTADOS

Con base en los objetivos planteados, los resultados de la investigación se presentan en tres apartados principales, diseñados para describir los hallazgos más relevantes, que luego serán analizados en profundidad en la sección de “Discusión y conclusiones”. En primer lugar, se exponen los aspectos comunes entre los estudiantes cuidadores. A continuación, se examinan las experiencias diferenciadas según el género, distinguiendo entre hombres y mujeres. Por último, se dedica un apartado específico a la descripción de las prácticas de resistencia identificadas a lo largo del estudio.

5.1 EXPERIENCIAS DE CONCILIACIÓN DE TRABAJOS DE CUIDADOS Y DESARROLLO ACADÉMICO

Uso del tiempo y conciliación

La conciliación entre las responsabilidades de cuidado y las demandas académicas afecta profundamente la experiencia universitaria. Los estudiantes deben reorganizar sus tiempos para evitar que las actividades formales —como clases y evaluaciones— se vean interrumpidas por el trabajo de cuidados. Sin embargo, declaran que el tiempo destinado al estudio independiente sí se ve profundamente afectado. Para adaptarse, deben trasladar sus horas de estudio principalmente a la noche, sacrificando sus horas de descanso.

Intento siempre cumplir con ir a clases y sobre todo a las pruebas, pero así como para poder prepararme y estudiar es diferente. Igual intento estudiar más en la noche, cuando mis hermanos están durmiendo porque así no tengo bulla y por fin hay silencio. Pero claro, pasa que *pa* llegar a eso hay que hacer muchas cosas de la casa. Entonces, en la noche yo quiero puro descansar y a veces no se puede no más. (Magdalena)

En las mujeres cuidadoras, esta dinámica se acentúa, pues declaran que tienden a priorizar las responsabilidades de cuidado sobre las académicas, y sus intentos por compensarlas con estudios nocturnos les generan un grado de dificultad por cansancio y desgaste emocional. En cambio, los hombres, al desempeñar mayoritariamente roles de cuidadores secundarios, cuentan con una figura principal de apoyo que facilita su organización, aunque también reconocen que la dinámica entre cuidado y estudio afecta su concentración, llevándolos igualmente a estudiar en horarios nocturnos.

Bienestar físico y mental

Yo tengo mis problemas y a veces uno anda así más bajoneado, pero mi abuela también, que se siente triste, que le duelen sus huesos y que está triste porque ella igual ve que nosotros nos cansamos, o mi mamá está triste porque no puede trabajar o salir más. Entonces a veces intento estar bien para que ella no note que me siento así mal, pero cansa. Igual yo siento que tengo más instancias para despejarme que ella. (Cristóbal)

El principal factor que dificulta la conciliación entre los trabajos de cuidado y las responsabilidades académicas es el cansancio físico y mental. Las mujeres cuidadoras destacan que su agotamiento no solo proviene de las tareas prácticas, sino también del rol de contención emocional que asumen, relegando su propio bienestar a un segundo plano. Los hombres, en tanto, manifiestan preocupaciones tanto por las personas a su cuidado como por las principales cuidadoras, generando tensiones emocionales menos intensas pero igualmente presentes.

La experiencia universitaria del estudiante normal

Para los estudiantes cuidadores, la vida universitaria no se limita al ámbito académico, sino que representa también un espacio para ampliar sus relaciones sociales y participar en experiencias propias de la juventud. Sin embargo, su rol como cuidadores les impone restricciones que dificultan esta integración, generando una sensación de desigualdad respecto a sus compañeros. Como lo expresa Marcela:

Entonces claro, yo cuando entré a la U tenía la idea de sí, estudiar lo que quería, pero también hacer amigos, carretear juntos y quizá hacer cosas como conocer a más personas diferentes, como ser joven no más. Pero claro, llego y me doy cuenta de que en verdad no voy a poder cumplir con esto porque yo salgo de clases y me tengo que ir a cuidar y esto es penca, porque te das cuenta de que nunca vas a ser como los otros estudiantes normales, que ellos sí tienen la experiencia universitaria normal, que pueden llegar a la casa y descansar, que pueden quedarse y conocer más que una que cuida. (Marcela)

Esta brecha en la experiencia universitaria refleja cómo las responsabilidades de cuidado limitan la capacidad de los estudiantes cuidadores para participar plenamente en la vida social universitaria. Para ellos, los “otros estudiantes” —aquellos que no realizan trabajos de cuidado— representan un ideal de normalidad que enfatiza la desigualdad en las vivencias universitarias.

5.2 INTEGRACIÓN EN LA VIDA SOCIAL*Frustración y aislamiento voluntario*

La vida social es un tema recurrente entre los estudiantes cuidadores, quienes expresan sentimientos de frustración debido a la falta de tiempo para participar en actividades sociales y establecer relaciones. Expresan que el trabajo de cuidado reduce su disponibilidad de tiempo, lo que, en muchos casos, provoca que prefieren aislarse. Aunque intentan buscar oportunidades para socializar,

estas suelen describirse como frustrantes, lo que los lleva a optar por un aislamiento voluntario.

Entre las mujeres cuidadoras, las frustraciones surgen principalmente de la falta de valoración hacia su trabajo de cuidado y el impacto que este tiene en sus vidas:

Yo siento que la frustración es algo de siempre, al final sales y te das cuenta de que hay personas que no valoran lo que haces, que piensan que es una tarea sencilla, como si no te desgastara tanto. Entonces, pucha, yo digo que estoy cansada y piensan que exagero, entonces me cansa eso también y prefiero quedarme en la casa muchas veces porque es frustrante tener que dar siempre explicaciones de cómo se siente. (Francisca)

En el caso de los hombres, las frustraciones se relacionan principalmente con los cuestionamientos hacia su rol de cuidadores por parte del entorno, especialmente entre sus pares masculinos:

No sé, me ha tocado que hombres me cuestionen que cuido en vez de ir a trabajar. Me han tratado de afeminado y eso igual pesa porque me he llegado a cuestionar algo que en verdad es igual natural, o sea, igual es penca que te digan esas cosas por hacer cosas que alguien necesita porque yo cuido porque alguien depende de mí y no es porque me guste no poder ganar plata, por ejemplo. (Cristóbal)

Frente a esto, los hombres cuidadores sienten que los cuestionamientos a sus roles de cuidados contribuyen a la percepción de que esta tarea no sea reconocida como un trabajo legítimo.

5.3 SENSACIÓN DE VALORACIÓN

Relaciones en torno a la valoración

Para los estudiantes, la capacidad para establecer relaciones depende del reconocimiento del trabajo de cuidado y se presenta como un factor crucial para establecer vínculos sociales significativos. Ante la falta de comprensión, tanto

mujeres como hombres priorizan relaciones donde su experiencia sea valorada y legitimada.

En el caso de las mujeres, algunas mencionan que han tenido que expresar su frustración a través del enojo para que sus amigos reconozcan la falta de tiempo, el cansancio y el estrés asociados al cuidado. Por ello, declaran que para ellas es fundamental sentirse reconocidas y valoradas en su entorno, ya que sienten la necesidad de establecer redes de apoyo que comprendan lo que implica ser cuidadora.

Mira, pa mí no era atado el que me tiraran bromas pesadas o que pa mí lo eran, pero después de un rato, cuando ya me sentía más cansado, igual uno quiere que lo dejen solo, pero también me pasaba que quería hablarlo y no tenía con quién. Después igual conocí a mis amigas de ahora y eso. Ellas me escuchan más y es otro tipo de relación. Ahora yo prefiero estar con ellas porque puedo hablar de lo que me pasa y no me hacen bromas.
(Ismael)

En el caso de los hombres, el cuestionamiento sobre los tratos discriminatorios que experimentan debido a su rol como cuidadores jóvenes los motiva a buscar relaciones sociales que les permitan encontrar comprensión y apoyo, lo que se da con mayor frecuencia en la interacción con mujeres.

Valoración y corresponsabilidad en el núcleo familiar

Los estudiantes universitarios que asumen labores de cuidado enfrentan tensiones vinculadas al reconocimiento y la corresponsabilidad en sus entornos familiares y sociales.

Las mujeres reportan una marcada falta de reconocimiento en sus entornos familiares, lo que provoca sentimientos de frustración y soledad. Cuando reciben valoración, suele llegar solo en momentos de colapso emocional,

siendo el reconocimiento más una excepción que una constante. Como menciona Magdalena:

Aunque ella sepa que yo me encargo de todo y ella llegue cuando ya están acostados, no lo valora, no me dice gracias ni nada. Esto es algo que igual lo he conversado una vez que colapsé y lloré, y ahí me dijo gracias, pero fue porque casi lo exigí porque ya fue mucho en verdad. Después me empezó a comprar cosas pero cuando ya tuve que colapsar y no como algo más natural, de que lo sienta. (Magdalena)

Los hombres que realizan labores de cuidado experimentan un reconocimiento más explícito dentro del núcleo familiar, especialmente por parte de quien lidera el cuidado —las mujeres—, aunque no siempre del beneficiario directo. Este reconocimiento se asocia a la percepción de que su rol de cuidador es una “anomalía” en el marco de las expectativas tradicionales de género.

Sí, yo siento que se me reconoce en la casa. Igual, como te decía, mis tíos nunca los he visto participar, son descolgados en el cuidado. Entonces, yo creo que destaca más que yo sea un apoyo para mi mamá porque ningún hombre se ha hecho cargo ni ha ayudado. Entonces ella me lo ha dicho igual, mis tíos también me dan apoyo o me escriben a veces, que me agradecen que ayude con cuidar y eso. Siento que me agradecen harto en la casa a pesar de que afuera no. (Javier, cuidador secundario)

Aunque los hombres reciben más reconocimiento que las mujeres, su experiencia sigue marcada por los desafíos asociados a los estereotipos de género y las tensiones intrafamiliares.

5.4 PRÁCTICAS DE RESISTENCIA

Resistencia individual íntima

Ambos géneros ejercen prácticas de resistencia a partir de un proceso de autoconciencia y reflexión, renegociando la idea de que el trabajo de cuidados es intrínsecamente femenino. Las mujeres desafían las expectativas tradicionales al

cuestionar las formas de equilibrar el cuidado con su desarrollo académico. Este esfuerzo les permite resistir el sacrificio total de su proyecto personal en favor de su rol como cuidadoras.

Siempre me pareció lógico que las mujeres son las que cuidan y ya está. Con el tiempo me di cuenta de que no es justo y no tenía por qué ser así. Me acuerdo de cuando lo escuché en la tele y me hizo pensar en lo injusto de esto, de que quizás no tenía por qué ser tan natural que solo nosotras tengamos que cargar con esto porque lo siento super complejo. (Marcela)

Por su parte, en el caso de los hombres, esta resistencia interna se traduce en una resignificación de su identidad como cuidadores:

Al principio me costaba asumir que yo también era el que cuidaba, porque siempre había visto que ese era un rol de mi mamá, de mis tíos. No sé por qué me hacía sentir vergüenza, como que no quería que nadie supiera porque no es tan normal creo yo. Pero con el tiempo entendí que no tiene nada de malo, o sea, yo me miro y no estoy haciendo nada que sea así de malo, que cuidar no me hace “menos hombre”. Igual a veces recibo comentarios, como si estuviera haciendo algo raro, pero ya no me afectan tanto. Sé que lo que hago es necesario. (Javier).

Resistencia individual externa

Las mujeres expresan su descontento en el ámbito familiar, exigiendo una mayor corresponsabilidad intrafamiliar y visibilizando la carga desproporcionada de las tareas de cuidado. Además, intentan incluir a otros en sus dinámicas de cuidado, transformando el hogar en un espacio de interacción social para mitigar la falta de tiempo para actividades externas.

Igual por eso ahora trato de poner límites, por lo menos de decir abiertamente que no es algo que la mujer hace, y eso me lleva a decirles a mis primos, a mi papá, a cualquier hombre: *yapo*, esto no es mi pega solamente. Como que necesito ayuda, aunque a veces igual me sienta culpable de hacerlo pero tengo que estudiar también, es algo que siento que debo hacer para mí. (Francisca)

Siempre duele en algún punto, de que *pa* otros locos no sea igual a ellos, como ser menos. Pero igual eso no me ha llevado a dejar de ayudar cuidando y haciendo cosas en mi casa, porque también esto lo hago por mi abuelita, pero también por mi mamá que es la que cuida casi todo el día, yo no, yo ayudo en lo que puedo, pero como mi mamá es la principal cuidadora, yo puedo estudiar igual. (Cristóbal)

Por otro lado, los hombres enfrentan y resisten los cuestionamientos sociales y familiares sobre su rol como cuidadores, defendiendo la legitimidad de su labor en un contexto que con frecuencia la desvaloriza. A pesar de estas tensiones, destacan que, al ocupar un rol secundario y contar con el respaldo de una cuidadora principal, disponen de mayor flexibilidad para equilibrar sus responsabilidades académicas y de cuidado, permitiéndoles cumplir con ambas sin tener que renunciar a ninguna.

Resistencias colectivas

Tanto hombres como mujeres coinciden en la necesidad de contar con un colectivo que les permita apoyarse mutuamente como cuidadores. Las mujeres, en particular, identifican al movimiento feminista como un espacio clave para cuestionar la idea de que el cuidado es un rol exclusivamente femenino. Sin embargo, su participación en estas organizaciones se ve limitada por la falta de tiempo, siendo esta la principal razón por la cual consideran que una organización de mujeres cuidadoras que también sean estudiantes sería difícil de implementar, aunque necesaria.

Yo creo que el feminismo me enseñó un poco eso. Que no es natural que nosotras tengamos que cuidar [...] pero claro, tampoco puedo participar activamente en las convocatorias porque justamente estoy cuidando. (Marcela)

Por su parte, los hombres, no obstante valoran la existencia de colectivos y organizaciones de cuidadoras, no perciben viable su participación. Esto se debe a que no reconocen a otros hombres desempeñando principalmente roles de

cuidado. Además, algunos de los entrevistados expresan que el temor al estigma y la vergüenza podrían dificultar aún más su implicación en tales colectivos.

Pucha, la verdad es que veo difícil pensar en algo así como un colectivo, me parece importante que existan, pero yo no conozco otros hombres que cuiden a otros, de hecho, es la primera vez, creo, que me preguntan qué se siente cuidar siendo hombre porque no veo eso ni en la tele. Quizá los hay, pero no quieren decirlo por esto mismo, porque a veces igual uno quiere ocultarlo porque hay gente que lo ve como algo malo, algo por lo que hay que sentir vergüenza. (Isamel).

Resistencia institucional

A nivel institucional, los estudiantes cuidadores reconocen algunos avances en la visibilización del trabajo de cuidado, especialmente a través del Sistema Nacional e Integral de Cuidados. Este es percibido como un gesto relevante en términos simbólicos, al introducir y visibilizar el cuidado en el discurso público. No obstante, si bien hay una cuota de reconocimiento general de este sistema como un avance, los entrevistados señalan que su diseño sigue centrado en los cuidadores adultos, dejando fuera las necesidades y experiencias específicas de las juventudes cuidadoras.

Yo cacho más que nada algo del sistema de cuidados, como algo bueno del gobierno. Igual a veces me pillo por el insta que se habla de eso o me lo mandan y me gusta porque lo hablan, ya no es algo como escondido. Igual él dice en sus discursos que lo que hacemos es importante y *pa* mí eso es bueno, no lo había visto antes, pero no *pa* nosotras, como mujeres que estudiamos, sino yo lo veo como más para las cuidadoras que son más adultas, como las señoras mayores que tienen que cuidar a otros. (Magdalena)

Por otro lado, el espacio universitario es identificado como un actor para transformar esta realidad, pero que hasta ahora permanece ausente. Existe una percepción generalizada de que la universidad no considera las responsabilidades de cuidado como una condición legítima que justifique adaptaciones académicas.

Esta percepción disuade tanto a hombres y mujeres entrevistadas de buscar apoyo, pues de manera generalizada ven a los docentes hombres como sujetos no dispuestos a comprender la situación de cuidados como justificación válida. Adicionalmente, las mujeres refuerzan la crítica al señalar que las universidades son espacios poco preparados para responder a realidades de cuidado más allá de la maternidad tradicional.

Yo igual siento que, si tuviera que suspender algo así académico por el tema del cuidado, me daría cosa decirle a un profe. O sea, yo creo que las profes son más comprensivas porque ellas han tenido que hacer eso, de que tienen hijos y saben que a veces cuidar es complicado, pero no creo que me crea un profe que es hombre. (Cristóbal).

6. DISCUSIÓN Y CONCLUSIÓN

La conciliación entre la trayectoria académica y los trabajos de cuidado representa un desafío estructural que atraviesa las experiencias de estudiantes de educación superior en Chile. Los resultados de esta investigación evidencian que esta conciliación no se limita a una cuestión de organización del tiempo, sino que implica un entramado complejo de desigualdades de género, falta de reconocimiento institucional, resistencias y tensiones identitarias que configuran profundamente el modo en que estos estudiantes habitan la universidad y su vida social siendo cuidadoras/es.

Los datos revelan que la conciliación entre las responsabilidades de cuidado y las demandas académicas está profundamente condicionada por la distribución desigual de las tareas de cuidado que no solo se limitan a un aspecto material o doméstico, sino que se configuran en un trabajo afectivo, material y organizativo. En específico, las estudiantes mujeres suelen priorizar el cuidado por encima de sus estudios, así como el acompañamiento emocional hacia las personas a su cuidado, relegando su propio bienestar emocional a un segundo

plano. Este patrón genera una sobrecarga que afecta directamente el rendimiento académico, además de su salud física y mental. Un ejemplo significativo es cómo estas estudiantes ajustan su tiempo de estudio a horarios nocturnos, comprometiendo su descanso. Estos comportamientos reflejan cómo el cuidado sigue imponiéndose como una prioridad privada ineludible (Hatton, 2017), respaldada por normas culturales que asocian el cuidado, la empatía y el amor como algo propio de la identidad femenina, en lugar de ser reconocido como la injusticia de un trabajo invisibilizado (Federici, 2018).

Ahora, los hombres cuidadores suelen asumir una carga menor, como apoyo a una figura femenina cuidadora. Sin embargo, esto no significa que estén exentos del impacto del cuidado, pues algunos expresan preocupación tanto por las personas a su cargo como por las mujeres cuidadoras de su entorno, aunque suelen lidiar con estas tensiones de forma más manejable. Esto se explica por su menor exposición al cuidado como una obligación moral o emocional. Aun así, enfrentan cuestionamientos sociales, especialmente por parte de sus pares masculinos, quienes, con tratos a veces discriminatorios, asocian el cuidado con la feminidad y la debilidad (Connell, 1995). Tal como señala Ilárraz (2024), estas tensiones están atravesadas por barreras de saber (falta de socialización en habilidades de cuidado), de poder (estructuras que priorizan la productividad) y de querer (resistencias identitarias). Estas barreras hacen evidente que no basta con la voluntad individual para implicarse en el cuidado: se requiere un entorno institucional que legitime y facilite estos cambios.

La conciliación de la vida académica con los cuidados no se limita a la desigualdad en el uso del tiempo, el agotamiento físico y mental; también afecta la posibilidad de participar en la vida social universitaria. Tanto mujeres como hombres cuidadores expresan una sensación de exclusión: ellas, por falta de tiempo y energía; ellos, por el estigma asociado a su rol. La universidad aparece como un espacio configurado para un estudiante “normal”, es decir, los no cuidadores, lo que margina a quienes cuidan y refuerza su aislamiento. Esta

exclusión impacta no solo en la vivencia cotidiana del espacio universitario, sino también en la construcción de identidad, al no sentirse reconocidos como estudiantes legítimos dentro de la comunidad universitaria (INJUV, 2024).

En este escenario, el reconocimiento —entendido en el sentido de Honneth (1992)— surge como una necesidad urgente y estructurante para el estudiantado. Su teoría plantea que el reconocimiento es una condición necesaria para el desarrollo de una identidad positiva y una vida plena. En el caso de estudiantes cuidadores, la ausencia de este reconocimiento no solo afecta la autoestima o el sentido de pertenencia, sino que configura relaciones sociales desiguales y bloquea el acceso equitativo a la educación. Ahora, para Honneth (1992), esta falta de reconocimiento no es solo una omisión: es una forma de injusticia que hiere las bases intersubjetivas del respeto y la estima social.

Las mujeres cuidadoras son, en este sentido, doblemente invisibilizadas, tanto por el mundo académico, que sigue operando bajo un modelo androcéntrico del estudiante sin responsabilidades de cuidado; como por la cultura general, que espera de ellas una entrega total sin considerar proyectos personales fuera del hogar. Como consecuencia, muchas de estas estudiantes deben gestionar su trayectoria universitaria desde la sobrecarga, sentimientos de culpa y el sacrificio. Aquí se hace evidente lo que Lagarde (1998) denomina cautiverio de las mujeres, una forma de subordinación que no se impone por la fuerza, sino por la naturalización del rol cuidador como destino, como algo inerte a lo femenino.

En el caso de los hombres, su rol como cuidadores suele recibir un reconocimiento parcial o ambivalente. Es decir, pueden ser valorados por “ayudar”, pero sin comprometer el imaginario dominante que asocia lo masculino con la autonomía y la desvinculación del trabajo reproductivo. Esta validación dual —aprobación de mujeres pero no de otros hombres— los obliga a gestionar tensiones internas: demuestran responsabilidad y compromiso con el cuidado como un acto de retribución, sin dejar de performar virilidad. Esto genera

una forma de reconocimiento restringido, que más que incluirlos plenamente, los mantiene en un lugar de excepción o sospecha, configurándose como una barrera para que las masculinidades puedan integrarse plenamente al cuidado.

Ahora, este conjunto de omisiones y desigualdades se enmarca en una estructura institucional que continúa eludiendo su responsabilidad en las tareas de cuidado. Como argumentan Chatzidakis et al. (2020), este no debe pensarse como una carga privada ni como un asunto de mujeres, sino como una infraestructura social indispensable para sostener la vida. Cuando las universidades no reconocen ni permiten adaptar sus normativas a las necesidades de quienes cuidan, están reproduciendo un modelo de educación profundamente excluyente de quienes ejercen roles de cuidados.

En este escenario, emergen diversas prácticas de resistencia que han permitido a los estudiantes cuidadores sostener su permanencia en la educación superior, desafiando un modelo universitario que invisibiliza el cuidado. Estas resistencias, si bien no son colectivas ni organizadas necesariamente, constituyen formas políticas de confrontar la desigualdad (Lagarde, 1997). Para las mujeres, estas prácticas incluyen la denuncia de la sobrecarga, la creación de redes informales de apoyo entre compañeras y la formulación de demandas hacia la universidad por mayor flexibilidad y reconocimiento del cuidado. En los hombres, las resistencias aparecen más individualizadas, pero son igualmente significativas: cuestionamientos a los mandatos tradicionales, búsqueda de espacios donde se valide su rol y disposición a aprender nuevas formas de vinculación afectiva. Estas experiencias muestran formas emergentes de masculinidades cuidadoras, que disputan sentidos hegemónicos del éxito académico y de los roles de género. De esta forma, como señala Honneth (1992), estas búsquedas implican una lucha por el reconocimiento, donde el cuidado forma parte constitutiva de la identidad.

También se identificaron resistencias institucionales que no se limitan a la denuncia, sino que implican la acción concreta de tensionar las normas universitarias: solicitar adaptaciones, visibilizar condiciones a docentes y, en el caso de las mujeres, articularse con organizaciones feministas para exigir cambios. Estas acciones apuntan a una politización del cuidado como una dimensión transformadora del quehacer universitario (Revuelta y Hernández, 2019).

En suma, esta investigación ha evidenciado que la desvalorización del trabajo de cuidado no solo perpetúa desigualdades de género, sino que también limita la participación equitativa en el contexto académico. El análisis muestra que, mientras las mujeres enfrentan una sobrecarga emocional y física que compromete su desempeño académico y su vida social, los hombres deben renegociar su identidad en un entorno que deslegitima su rol como cuidadores, en vez de integrarlo.

Este estudio se basó en la pretensión de ofrecer tres aportes claves: en primer lugar, aborda las subjetividades de los cuidadores desde una mirada amplia, explorando experiencias comunes más allá del tipo de cuidador. En segundo lugar, visibiliza cómo las esferas académica y social perpetúan desigualdades estructurales en torno al trabajo de cuidado. Y en tercer lugar, incorpora un análisis de género que permite comprender tanto los obstáculos como las estrategias de resistencia que despliegan mujeres y hombres para sostener su tránsito universitario, siendo este último un área necesaria para los estudios de la crisis de los cuidados.

Los hallazgos confirman que el cuidado no es una dimensión externa o accesoria a la trayectoria educacional, sino una condición estructurante de las posibilidades reales de vivirla. El cuidado configura el acceso, la permanencia y el sentido de la experiencia educativa, especialmente cuando recae de manera desigual sobre cuerpos feminizados y precarizados (Becker-Bozo, 2022). En este

sentido, los estudiantes cuidadores enfrentan tanto barreras logísticas de organización como simbólica que deslegitiman su rol en la universidad.

Finalmente, aunque este estudio ofrece resultados relevantes, también tiene algunas limitaciones. Se basó en una muestra cualitativa localizada, por lo que sus hallazgos no son generalizables. Sin embargo, abre una línea necesaria para futuras investigaciones que profundicen, desde un enfoque interseccional, cómo se entrelazan clase social, género, etnicidad y tipo de institución en la experiencia de los jóvenes cuidadores. Asimismo, urge avanzar en el estudio de formas de organización colectiva entre estudiantes cuidadores, dentro y fuera del ámbito académico, como vía para disputar estructuras de exclusión y transformar los espacios educativos.

REFERENCIAS

- Arriagada, I. (2010). La crisis de cuidado en Chile. *Ciencia y Trabajo*, 27, 58-67.
- Arriagada, I. (2013). Desigualdades en la familia: trabajo y cuidados en Chile. En C. Mora (Ed.), *Desigualdad en Chile: la continua relevancia del género* (pp. 91-112). Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Arriagada, I., & Toro, R. (2012). *Cadenas globales de cuidado: el papel de las migrantes peruanas en la provisión de cuidados en Chile*. ONU Mujeres.
- Arteaga, C., & Abarca, M. (2018). Tensiones, limitantes y estrategias de género en mujeres trabajadoras de grupos medios, obreros y populares en Chile. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 4(0), 1-36. <https://doi.org/10.24201/eg.v4i0.288>
- Arteaga, C., Galaz, C., & Abarca, M. (2019). Resistencias y desigualdades de género: nuevas comprensiones en los discursos académicos. *Persona y Sociedad*, 33(1), 11-32. <https://doi.org/10.11565/pys.v33i1.261>
- Becker Bozo, I. (2022). Segmentación del mercado laboral juvenil en Chile: sus modalidades e implicancias. *Última Década*, 30(58), 143-185. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362022000100143>
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (n.d.). *Reducción de la jornada laboral a 40 horas semanales*.

<https://www.bcn.cl/portal/leyfacil/recurso/reduccion-de-la-jornada-laboral-a-40-horas-semanales>

- Carrasco, C. (2003). *El trabajo de cuidados: historia, teoría y política*. Icaria.
- Carrasco, C. (2013). El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1). https://doi.org/10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41627
- Chatzidakis, A., Hakim, J., Littler, J., Rottenberg, C., & Segal, L. (Eds.). (2020). *The Care Manifesto: Readings* [PDF]. The Institute for Education Research. https://www.uhn.ca/Research/Research_Institutes/The_Institute_for_Education_Research/Events/Documents/Care-Manifesto-Readings.pdf
- Coleman, J. (1974). Youth: transition to adulthood. *NASSP Bulletin*.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. University of California Press.
- d'Argemir, D. (2016). Hombres cuidadores: barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas*, 15(3), 10-22. <https://doi.org/10.10527/psicoperspectivas-vol15-issue3-full-750>
- De León, G. (2017, marzo). Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social. *Documento de Trabajo N° 158*. Buenos Aires, CIPPEC.
- Ezquerra, S. (2011). Crisis de los cuidados y crisis sistémica: la reproducción como pilar de la economía llamada real. *Revista Dianlet*, (2), 175-194. http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2011.v2.38610
- Federici, S. (2004/2010). *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2013). *El patriarcado del salario: notas sobre Marx, género y feminismo*. Tinta Limón Ediciones.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo*. Traficante de Sueños.
- Ferguson, A. (2019). *Las visiones del trabajo en la teoría feminista*. Editorial Siglo XXI.
- Filardo, V. (2015). Cambios y permanencias en las transiciones a la vida adulta de los jóvenes en Uruguay (2008-2013). En *Cuadernos temáticos de la ENAJ Nro. 1*. Montevideo, INJU-MIDES.
- Flick, U. (2022). *Introducción a la investigación cualitativa* (6.^a ed.). Morata.
- Fraser, N. (2016a). *Fortunas del feminismo: del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Traficantes de Sueños.
- Fraser, N. (2016b). *Las contradicciones del capital y los cuidados*. Traficante de Sueños.

- Galián, C., Rubio, M., Escaroz, G., & Alejandre, F. (2023). *Los Sistemas de Cuidado y Apoyo en América Latina y el Caribe: un marco para la acción de UNICEF*. UNICEF. Oficina Regional América Latina y el Caribe.
- García, M. (2003). *Metodología cualitativa en investigación social*. Editorial Académica.
- Giaconi Moris, C. (2021). *Mujeres, Cuidado y Resistencias. Prácticas de resistencia de mujeres que cuidan a personas con discapacidad severa*. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/179075>
- Hatton, E. (2017). Mechanisms of invisibility: Rethinking the concept of invisible work. *Work, Employment and Society*, 31(2), 336-351. <https://doi.org/10.1177/095001701667489>
- Himmelweit, S., & Land, H. (2011). Reducing gender inequalities to create a sustainable care system. En J. Fink (Ed.), *Care: Personal lives and social policy* (pp. 99-119). The Policy Press.
- Hochschild, A. R. (2000). *The Second Shift*. Penguin Books.
- Honneth, A. (1992). *The struggle for recognition: The moral grammar of social conflicts*. MIT Press.
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE). (2018a). *Estimaciones y proyecciones de población: 1992-2050 (base 2017): Síntesis de resultados*. https://www.ine.gob.cl/docs/default-source/proyecciones-de-poblacion/publicaciones-y-anuarios/base-2017/ine estimaciones-y-proyecciones-de-poblaci%C3%B3n-1992-2050_base-2017_s%C3%ADntesis.pdf?sfvrsn=c623983e 6
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE). (2018b). *Metodología: estimaciones y proyecciones de población Chile 1992-2050*. <http://www.censo2017.cl/descargas/proyecciones/metodologia-estimaciones-y-proyecciones-de-poblacion-chile-1992-2050.pdf>
- Instituto Nacional de la Juventud. (2024). *Juventudes cuidadoras: Un estudio cualitativo*. https://www.injuv.gob.cl/sites/default/files/cualitativo_juventudes_cuidadoras_final_web.pdf
- Kaplan, A. (1987). Invisible Work. *Social Problems*, 34(5), 403-415. <https://doi.org/10.2307/800538>
- Lagarde, M. (1998). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres* (V. Castillo & P. Orozco, Trads.). Puntos de Encuentro. http://www.caladona.org/grups/uploads/2013/04/claves-feministaspara-el-poderio-y-autonomia_mlagarde.pdf
- Lagarde, M. (2004). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. En *Congreso Internacional Sare 2003: "Cuidar cuesta: Costes y beneficios*

- del cuidado". EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer.* https://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones/jornadas/es_emakunde/adjuntos/sare2003_es.pdf
- Lagarde, M. (2006). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Autónoma de México.
- López, N., Opertti, R., & Vargas, C. (2017). *Youth and changing realities. Rethinking secondary education in Latin America*. UNESCO Education Sector.
- Maxwell, J. A. (2020). *Diseño de investigación cualitativa: un enfoque interactivo* (3.^a ed.). Gedisa.
- MICARE. (2023). *Personas cuidadoras y trabajo de cuidado en Chile*. Instituto Milenio para la Investigación del Cuidado. https://www.micare.cl/wp-content/uploads/2023/12/Estudio_MICARE_2023.pdf
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia (MDSF). (2022). *Primera medición del bienestar social en Chile*. Estudios PNUD. <https://www.estudiospnucl.cl>
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia. (2024a). *Gobierno firma proyecto de ley que crea el Sistema Nacional de Apoyos y Cuidados*. <https://www.desarrollosocialyfamilia.gob.cl/noticias/gobierno-firma-proyecto-de-ley-que-crea-el-sistema-nacional-de-apoyos-y-cuidados>
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia. (2024b). *Informe de cuidados: Organización social del cuidado en Chile*. Observatorio Social. https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/storage/docs/cuidados/Informe_de_Cuidados-2024.pdf
- Ministerio de Educación de Chile. (2024). *Educación para la igualdad de género: Plan 2015-2018*. <https://educacionsinbrechas.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/129/2024/11/Educacion-para-la-Igualdad-de>